

LA PSICOLOGÍA DE RUDOLF ALLERS Y EL TOMISMO

Rudolf Allers psiquiatra y filósofo, nace en Viena de 1883 en el seno de una familia católica de alto nivel cultural, con intereses humanísticos y científicos. Su padre era médico y por el lado de su madre tenía familiares con una importante actuación en la vida universitaria vienesa. Según datos autobiográficos¹, recuerda que desde joven leyó numerosas obras de filosofía y literatura en varias lenguas. La educación humanística recibida fue muy significativa no sólo en su formación científica sino que, además reconoce, lo familiarizó con las problemáticas más profundas de la existencia humana, haciéndolo capaz de afrontar las dificultades que encuentra habitualmente un psiquiatra, aunque con una más viva sensibilidad que muchos de sus colegas. Esta precoz formación también redundó en su actividad docente, pues será luego recordado como un profesor excepcional, por su capacidad intelectual y amplísima cultura.

Estudió medicina en la Universidad de Viena, habiendo asistido a las últimas lecciones de Sigmund Freud. Siempre conservó una posición independiente frente al psicoanálisis, escribiendo más tarde una de las críticas más profundas y mejor fundamentadas². Se recibió de médico en 1906 e inició su carrera con la investigación en bioquímica. Fue psiquiatra en 1908, y trabajó en Praga y Munich hasta el estallido de la guerra; allí se dedicó al estudio del metabolismo en las psicopatías. Durante la primera guerra mundial se desempeñó como cirujano, y además estudió a las personas en estado de stress, especialmente con los traumas emotivos derivados de la situación vivida en el frente de batalla. Fue director del centro de psicología médica y de la sensación en el Instituto de Fisiología de la Universidad de Viena. Se dedicó a la docencia, y llega a concebir a la psicoterapia – después de largos años de práctica psiquiátrica – como una tarea de re-educación.

Dice Allers: «En el curso de la guerra de 1914-18, en los largos períodos de relativa inercia en el hospital de campo, crecía en mí la convicción de que la filosofía tomista ofrece en realidad la base más apropiada para el desarrollo de un sistema de “antropología filosófica” como fundamento de una teoría de la psique tanto normal como anormal».³

¹ Cf, RENZO TITONE, *Rudolf Allers psicologo del carattere*, La Scuola Editrice, Brescia 1957. ID: “Psichiatria e Metafisica in Rudolf Allers”, en *Salesianum* 12 (1951) 1, 127-135; ID, “Rudolf Allers filosofo e psicologo del carattere”, en *Orientamenti Pedagogici* 3 (1956) 1, 34-52; JAMES COLLINS, “The Work of Rudolf Allers” en *The New Scholasticism* 38 (1964) 3, 281-309. Allers ha escrito su autobiografía que se publicó en *The Book of Catholic Authors*, W. Romig, Michigan 1948.

² En 1920 *Über Psychoanalyse* y en 1941 *The Successful Error*.

³ RENZO TITONE, *Rudolf Allers psicologo del carattere*, 26-27.

En el período de post-guerra Allers se convirtió en discípulo de Alfred Adler, médico y psicólogo de origen judío, colaborador de Freud, de quien se separó en 1912 fundando la Escuela de Psicología Individual. En 1927 comenzaron a distanciarse de Adler, un grupo de médicos con intereses relacionados a la fundamentación filosófica de la psicología, y una apertura a la trascendencia, incluso desde una perspectiva religiosa de la psicoterapia. En 1927 se produjo la ruptura definitiva con A. Adler pero, sin embargo, la formación psicológica estará marcada por su influjo, aunque profundizada por el pensamiento cristiano y tomista.

Movido por estos intereses estudió filosofía y obtuvo el doctorado en 1934, en la Universidad Católica del Sacro Cuore de Milán. Entre sus amistades se contaba Edith Stein, con quien compartía la preocupación por la traducción de Santo Tomás al alemán, trabajo que Allers llevó a cabo en 1936 con la obra *De ente et essentia*. En 1938 es invitado a enseñar en la Universidad de Washington, y ya se instala con toda su familia en Estados Unidos. En 1948 pasa a la Universidad de Georgetown. En 1960 se le otorgó el premio Cardinal Spellman — Aquinas Medal (de la American Catholic Philosophical Association), en reconocimiento a su labor como intelectual católico (ya lo habían recibido personalidades como Maritain y Gilson, y más adelante J. Pieper, C. Fabro y Karol Wojtyła). Murió el 18 de diciembre de 1963.

Allers aplicó el pensamiento tomista a los principios sobre la neurosis y la psicoterapia, respondiendo así no sólo a la realidad de las personas que sufren anímicamente, sino sobre todo haciendo una psicología coherente con la fe, que nos enseña el verdadero desorden del hombre. Las teorías de psicología contemporáneas “donde lo inferior constituye el fondo y el centro de la realidad”⁴ y las que Edith Stein había rotulado como “sin alma”, caen generalmente en la “mirada desde lo bajo”⁵ y hasta la “obsesión por lo inferior”. Por eso dice Allers: «Es necesario elevar los ojos hacia las alturas de nuestra vida y del ser en general. Jamás comprenderemos nada de la naturaleza humana, tal como realmente es, si continuamos viéndola como un poco elevada por encima de la naturaleza de los animales. La comprenderemos mucho mejor – sin poder sin embargo resolver el enigma – si la miramos ubicada un poco por debajo de la de los ángeles».⁶

Para Allers queda claro que la neurosis es sólo enfermedad por analogía. Las enfermedades propiamente dichas se refieren al cuerpo, mientras que lo principal de la

⁴ RUDOLF ALLERS, “El amor y el instinto, estudio psicológico”, en ANDEREGGEN-SELIGMANN, *La psicología ante la gracia*, EDUCA, Buenos Aires 1999, 308. Traducción al castellano de *Études Carmelitaines*, Desclée de Brouwe, Brugges 1936.

⁵ Ibid.

⁶ Ibid, 337. Cita el Salmo VIII, 5-7.

neurosis es el trastorno del alma. Por eso para su diagnóstico es necesaria la consideración de la personalidad en su totalidad, los fines que persigue, sus actitudes frente a la vida, frente al orden objetivo del universo, su Creador y su lugar como creatura. «Es necesario que el hombre se incline ante el orden objetivo de los seres y los valores, es en esto en lo que consiste su salud mental y moral. Toda rebelión contra este orden es, de alguna manera, un estado patológico que no puede conducir más que a alguna catástrofe. Es esto lo que observamos en muchos casos de neurosis y lo que prevemos para los pueblos que se han dejado seducir por la mentira».⁷ En el carácter neurótico se da siempre esta *subversión* del orden de la realidad, sea consciente o no y que conduce a la *mentira*, la cual se manifiesta en el rasgo más característico de la neurosis, que es la *inautenticidad*.

La mentira aparece cuando la persona no quiere ver y aceptar la realidad, quedando luego encerrada en su propio sufrimiento. «No se trata a los neuróticos moralizando, aunque la moral sea finalmente el camino por el cual cada uno de nosotros debe ir. Primero es necesario abrir los ojos al neurótico, hacerle ver lo que él hace, lo que realmente es. Se ha dicho “*Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres*”. Puede permitirse aplicar esta expresión a toda clase de tinieblas y los neuróticos están encerrados en estas tinieblas sin darse cuenta. Tienen los ojos fijos sobre esta pequeña llama cuya sombría luz tiene un curioso atractivo: es la llama del egotismo. No pudiendo hacerse igual que Dios, hacen por lo menos un dios de su pobre *ego*».⁸

Ya para Adler, el carácter neurótico surge del intento compensatorio del complejo de inferioridad, a través de la voluntad de poder y el afán de superioridad, que es un fin ficticio, estructurante de la personalidad. Allers identifica esta superioridad — siguiendo el pensamiento tomista — con la *soberbia*. «En otras palabras: [la neurosis] es un resultado inmediato de la situación puramente humana, tal como está constituida en la naturaleza caída. Puede igualmente decirse que, orientada hacia lo morboso y pervertido, *es consecuencia de la rebelión de la criatura contra su finitud e impotencia naturales*».⁹ Esta soberbia, fruto del pecado original, muchas veces puede no ser consciente, pero conduce necesariamente a la mentira que se expresa en “poses” y “apariencias” que dicen disconformidad con el propio ser, y que llega hasta la actitud de negación y rechazo de lo que realmente se es.

«El objeto de la rebeldía no es un hecho aislado, un sufrimiento, un conflicto, sino el hecho total de no ser más que una creatura, limitada en su poder, en su existencia, en sus

⁷ RUDOLF ALLERS, “Reflexiones sobre la patología del conflicto”, en ANDEREGGEN-SELIGMANN, *La psicología ante la gracia*, 298-299. Traducción al castellano de *Études Carmelitaines*, 1938.

⁸ *Ibid*, 298.

⁹ RUDOLF ALLERS, *Naturaleza y educación del carácter*, Labor, Madrid 1950, 306.

derechos. A pesar de los miles o millones de años que han corrido después de que la serpiente empujó a los primeros hombres a la rebelión, las palabras del demonio no han cesado de hacerse escuchar sordamente en las profundidades de nuestro yo: *eritis sicut Dii* [seréis como dioses].¹⁰ Lejos de la interpretación psicoanalítica de que los conflictos son causados por la represión de los instintos, Allers asevera: «Los conflictos no son, en sí mismos, causas de perturbación moral. Ellos lo son cuando el individuo, en lugar de aceptar la vida tal cual es — es decir más o menos erizada de dificultades — toma una actitud de rebeldía contra su suerte».¹¹ En la concepción allersiana la neurosis no se refiere a un trastorno concreto y explícito, sino como algo propio de todo hombre debido a la herida de la naturaleza, al desorden acaecido en el alma.

Asegura Allers que en el fondo de todo desequilibrio psíquico está siempre este cuestionamiento de la criatura frente a su creador. «Yo no he visto aún ni un solo caso de neurosis que no haya *revelado como último problema y conflicto radical una pregunta metafísica sin resolver* — si se prefiere llamarla así —: la cuestión del puesto del hombre, igual si se trataba de un individuo religioso o no religioso, católico o no católico».¹²

Queda claro que esta tendencia a la rebelión, y el doblez que genera la mentira [que aparece psicológicamente con el rasgo de inautenticidad], tienen como origen la naturaleza caída. Por esto, dejado a sí mismo «todo hombre es, por principio, “capaz de neurosis”».¹³ Todo hombre es, sin la gracia, virtualmente neurótico.

La consecuencia inmediata de los conceptos expresados por Allers, es la afirmación de que — para poder constituirse una personalidad mentalmente sana — es necesaria la ayuda divina, la gracia de Dios. Sólo en una vida de crecimiento en la gracia, se está libre de la neurosis. Afirma Allers: «Situándonos, pues — y para ello tenemos buenas razones —, en el punto de vista según el cual la definitiva superación de la inautenticidad, que caracteriza y define a la neurosis, no se logra sino en la vida verdaderamente santa, obtenemos esta otra conclusión: *la salud anímica en sentido estricto no puede alentarse más que sobre el terreno de una vida santa*, o por lo menos de una vida que tiende a la santidad».¹⁴

En el pensamiento de Allers la psicoterapia es una pedagogía que intenta una re-educación del carácter, para que se adecue a los fines de la naturaleza humana. Y no sólo a su fin natural, sino también sobrenatural. Dice Allers respecto a la tarea del psiquiatra:

¹⁰ RUDOLF ALLERS, *El amor y el instinto*, 335.

¹¹ *Ibid*, 333.

¹² RUDOLF ALLERS, *Naturaleza y educación del carácter*, 311.

¹³ *Ibid*, 310.

¹⁴ *Ibid*, 311.

«Especialmente, el médico — si bien es cierto que puede llamarse con algún motivo “médico de almas” — nunca puede olvidar que, así como él constituye para el neurótico preso en su aislamiento el primer puente por donde retornar a la comunidad humana, así también ha de ser el eslabón de enlace para la comunidad sobrenatural. Su mayor gloria y preferente tarea, en estos casos, estriba en ser el que prepara el camino a la gracia».¹⁵

La psicoterapia consiste entonces en una conversión interior, en una transformación profunda que implique un cambio en la dinámica psíquica, una inversión de las potencias del alma al verdadero fin. Concluye Allers: «Para permanecer firme frente a los conflictos, las dificultades, las tentaciones, es necesario ser simple. Para curar una neurosis no es necesario un análisis que descienda hasta las profundidades del inconsciente para sacar no sé qué reminiscencias, ni de una interpretación que vea las modificaciones o las máscaras del instinto en nuestros pensamientos, nuestros sueños y actos. Para curar una neurosis es necesaria una verdadera *metanoia*, una revolución interior que sustituya el orgullo por la humildad, el egocentrismo por el abandono».¹⁶

La filosofía tomista, que Allers había concebido como la más apropiada para explicar la normalidad y la verdadera enfermedad del alma humana, nos da los fundamentos de estos conceptos expuestos en la psicología y aplicados a la práctica psicoterapéutica.

Ve Allers la necesidad de vivir radicalmente la verdad para tener una personalidad sana. La *verdad* o veracidad es una virtud [aneja a la justicia] que “hace bueno al que la posee y hace también que sean buenas sus obras”.¹⁷ Esta virtud exige que las palabras y las conductas sean conformes a la realidad; es preciso que haya una manifestación al exterior de lo que se es interiormente, ni más ni menos. “Vivir en verdad” significa también vivir rectamente, conforme a la ley divina, según el orden establecido por Dios. Y ya hemos visto como el neurótico se rebela al orden de la realidad.

Corresponde también a la virtud de la verdad, la *simplicidad* que rechaza el doblez, que es el desacuerdo entre lo que se es y lo que se aparenta.¹⁸ Asegura Allers que los neuróticos son siempre complejos. «Se dice que los neuróticos son de naturaleza complicada; sería más justo decir que las naturalezas complicadas están amenazadas por la neurosis».¹⁹

El hombre es un ser sociable y debe a los demás aquellas cosas que conserven la sociedad. Por eso es necesario que haya una base de confianza entre las personas, es preciso

¹⁵ Ibid, 336.

¹⁶ RUDOLF ALLERS, El amor y el instinto, 336.

¹⁷ S. Th. II-II q 109 a 1 corpus.

¹⁸ S. Th. II-II q 109 a 2 ad 4.

¹⁹ RUDOLF ALLERS, El amor y el instinto, 336.

“para tal convivencia el dar mutuo crédito a las palabras y creer nos dicen la verdad”.²⁰ Recordemos que ya para Adler y mucho más para Allers, en la neurosis es manifiesto el conflicto con los demás por el egocentrismo que la caracteriza. Afirma nuestro autor: «Tampoco hemos de dejar de advertir que no es indiferente, ni mucho menos, al desarrollo y el perfeccionamiento íntimos del hombre el modo cómo se sitúa frente a la comunidad de sus prójimos. Pues, como dice Santo Tomás, “por lo que hace a la realización, el amor al prójimo es el primero” (S. Th. II-II q 68 a 8), aunque en el orden del rango y de la superioridad ocupa el primer lugar el amor a Dios».²¹ El orgullo y la ponderación de sí mismo, perturban las relaciones interpersonales, pues se cae en la mentira que exagera respecto de lo que uno es y, como dice el Aquinate, molesta y enoja porque es como si se quisiera sobreponer a los demás.²² Es justamente la virtud de la verdad o veracidad la que conjuga razonablemente las manifestaciones externas: palabras, gestos, actitudes, formas de actuar ante los demás, de vestir, estilo de vida, expresando lo que realmente somos sin excesos ni defectos; es la virtud de la autenticidad personal en las relaciones externas.

La mentira – expresada por el rasgo neurótico de *inautenticidad* – no sólo es mala porque causa daño a los demás que tienen derecho a la verdad, lesionando la vida social, sino que es intrínsecamente mala por el desorden que causa en sí misma al no responder a la naturaleza del lenguaje y su expresión.²³ Este tipo de disconformidad – antinatural según el “apóstol de la verdad”²⁴ – está muy instalada hoy en nuestra cultura y es, sin lugar a dudas, causa de severas patologías, por el vicio que engendra. Podríamos afirmar sin temor a equivocarnos, que vivimos una “cultura de la mentira”, de la astucia, de lo artificioso, lo ficticio, fundada en el pensamiento filosófico moderno y contemporáneo, que no duda en proponer la mentira como parte de la secularización y de la inmersión en el mundo.

Quizás está más claramente señalado este rasgo neurótico de inautenticidad, con la simulación: que es una forma de mentir con los hechos, en el comportamiento, manifestando exteriormente lo que no se es.²⁵ Es la hipocresía de aquel que finge o se esconde detrás de una careta aparentando una personalidad distinta de la que posee.²⁶ Afirma Allers: «Pero, más que

²⁰ S. Th. II-II q 109 a 3 ad 1.

²¹ RUDOLF ALLERS, *Naturaleza y educación del carácter*, 333-334.

²² S. Th. II-II q 109 a 4 corpus.

²³ Cf. S. Th. II-II q 110 a 3 corpus.

²⁴ S.S. Paulo VI llama así a Santo Tomás en la Carta Apostólica *Lumen Ecclesiae*.

²⁵ Cf. S. Th. II-II q 111 a 1.

²⁶ Cf. S. Th. II-II q 111 a 2.

nada, son peligrosas las máscaras de la voluntad de poderío y del egoísmo, y la inclinación a engañarse y mentirse a sí mismo».²⁷

Pero vemos mucho mejor la aplicación de los conceptos tomistas a los principios de la psicopatología, cuando Santo Tomás habla de los fines que especifican el acto moral. Y en esto coincide también con el pensamiento adleriano: el fin aparente (no real), ficticio, de la hipocresía, es la *vanagloria* y la *avaricia*.²⁸ Dice el Angélico: «el hipócrita, simulando tener una virtud, se la propone como un fin no por lo que se refiere a su posesión real, como si de veras quisiera tenerla, sino por pura apariencia, como quien lo que desea es aparentar que la tiene. [...] No se practican en este caso las obras de tal virtud como objetivo, sino instrumentalmente, como signos de la misma».²⁹ Ciertamente, la persona no logra un crecimiento y desarrollo armonioso de su personalidad, pues está atenta al fin aparente que es el fingimiento, la simulación, la inautenticidad. La mentira, como la hipocresía y el placer de aparentar, la jactancia, la arrogancia, etc., nacen de la vanagloria y la soberbia. Es propio de lo perfectos y de los que tienden a la perfección el buscar la gloria de Dios y no la propia; son éstos los que ciertamente están a salvo de la neurosis.

Sin embargo, la afirmación más importante a la que llega Allers para la psicología contemporánea, es la necesidad de la gracia y el camino de santidad para tener una vida psíquicamente sana, que está más allá de toda posible neurosis. Enseña Santo Tomás que en el estado de naturaleza íntegra podía el hombre con sus solas fuerzas naturales querer y hacer el bien proporcionado a su naturaleza, que es el correspondiente a las virtudes adquiridas. «En el estado de corrupción, el hombre ya no está a la altura de lo que comporta su propia naturaleza, y por eso no puede con sus solas fuerzas naturales realizar todo el bien que le corresponde».³⁰ Aclara el Aquinate que sin embargo, la naturaleza no está corrompida hasta el punto de ser despojada de todo el bien natural, por eso, en este estado de desintegración puede realizar algún bien particular («como edificar casas, plantar viñas y cosas así»³¹). Y añade: «Es como un enfermo, que puede ejecutar por sí mismo algunos movimientos, pero no logra la perfecta soltura del hombre sano mientras no sea curado con la ayuda de la medicina».³²

Por el pecado el hombre está deteriorado triplemente: la mancha, la bondad natural y el reato de pena. Estos males no pueden ser reparados si no es por la acción de Dios. Dice

²⁷ RUDOLF ALLERS, *Naturaleza y educación del carácter*, 325.

²⁸ Cf. S. Th. II-II q 111 a 3.

²⁹ Cf. S. Th. II-II q 111 a 3 ad 1.

³⁰ S. Th. I-II q 109 a 2 corpus.

³¹ Ibid.

³² Ibid.

Santo Tomás: «Se deteriora la bondad de la naturaleza porque ésta cae en el desorden al no someterse su voluntad a la de Dios, ya que, si falta esta sumisión, toda la naturaleza del hombre que peca queda desordenada».³³

Se necesita de la gracia para que Dios atraiga hacia sí la voluntad del hombre, y se ordenen, unificándose, las potencias disgregadas por el pecado. El hombre no puede tener una personalidad ordenada, no puede estar en paz consigo mismo, con la comunidad humana y la “sobrenatural” — a la que Allers reconoce que está llamado —, si no es con la ayuda divina.

La psicología contemporánea debe atreverse a mirar hacia lo alto, a tener en cuenta al hombre con su dignidad, debe intentar salir de las posturas materialistas y también de las naturalistas, que hoy en día se multiplican, y que no reflejan la realidad del hombre ni pueden comprender su verdadero sufrimiento.

Concluye Rudolf Allers afirmando que sólo cuando el hombre responde con un “sí” a su puesto de criatura, puede estar libre de la neurosis. «O dicho con otras palabras: *al margen de la neurosis no queda más que el santo*».³⁴

Zelmira Seligmann

³³ S. Th. I-II q 109 a 7 corpus.

³⁴ RUDOLF ALLERS, *Naturaleza y educación del carácter*, 310.